

PENÍNSULA

Sara Romero
Macarena Vidal
El país más feliz
del mundo

Corea del Norte bajo
el puño de hierro de Kim Jong-un

Prólogo de Mikel Ayestaran

주체주의 혁명국, 세계적인 군사대국으로 빛내여주시길 원하시는 전세계의 애국



El país más feliz del mundo

Sara Romero

Macarena Vidal

Corea del Norte bajo el puño de hierro
de Kim Jong-un

Prólogo de Mikel Ayestaran

© Sara Romero Estella, 2022
© Macarena Vidal Liy, 2022

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conflicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2022

Prólogo: Mikel Ayestaran, 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B-19.356-2022
ISBN: 978-84-1100-115-1



ÍNDICE

Cronología	11
Prólogo, por Mikel Ayestaran	15
Prefacio. «Bienvenidas a Pionyang»	29
1. La forja de un líder	47
2. El ascenso al trono de Kim Jong-un	75
3. La revolución en la sombra	111
4. La financiación del Régimen	147
5. Las caras de la propaganda	177
6. Cómo ser una buena norcoreana	201
7. El lugar más peligroso del mundo	231
8. La diáspora norcoreana	265
9. El programa nuclear	303
10. El Kim más diplomático	325
Epílogo. El país más feliz del mundo	367
Notas	377

LA FORJA DE UN LÍDER

Es uno de esos días en los que el frío cala poco a poco en los huesos; si al principio parece que no es para tanto, a los pocos minutos estás helada, por mucho abrigo que lleves. Al mediodía del 11 de octubre de 2015, en la plaza de Kim Il-sung, el corazón geográfico y político de Pionyang, centenares de periodistas de todo el mundo hacemos dos cosas: o bien darnos codazos los unos a los otros por conseguir una mejor posición o bien frotarnos las manos y dar patadas al suelo tratando de entrar en calor.

Frente a nosotros, la explanada de la plaza se muestra completamente transformada. El gris de sus edificios oficiales —el Ministerio de Exteriores, el Palacio de Justicia— está decorado con pancartas rojas y azules de alabanzas al Régimen, con globos con la bandera norcoreana y con grandes carteles en los que obreros musculosos y aguerridos militares llaman al progreso de la nación a la velocidad de Chollima, el mítico caballo de la tradición coreana capaz de recorrer miles de kilómetros en una sola noche.

Una orquesta militar de gala interpreta música patriótica, mientras acróbatas militares danzan al ritmo de las marchas. Tras ellos, filas y filas de ciudadanos norcoreanos de pie y en sus mejores galas. Ellos de traje y corbata; ellas en *hanbok* de llamativos colores. Todos agitan al unísono lo que parecen ser

unos pompones de flores de plástico, las *kimilsungias* y las *kimjongilias* —variedades de orquídeas procedentes de Indonesia así denominadas en honor a los líderes anteriores del país— en fucsia o rojo bermellón. Bajo un cielo grisáceo, la plaza, abierta al río, se ofrece por hoy rebosante de colores saturados. Al fondo, sobre la música de la banda, se distinguen unos ruidos como de trueno: son los tanques y vehículos transportadores de misiles que estamos a punto de ver desfilar.

Es el momento cumbre de nuestra visita. La marcha militar y civil con la que Corea del Norte va a culminar sus festejos por el 70.º aniversario de la fundación de su Partido de los Trabajadores, la espina dorsal del Régimen. Nuestra ocasión para ver por primera vez en carne y hueso a su Líder Supremo, su Mariscal, su Brillante Camarada. El tercer gobernante de la dinastía Kim, o del linaje Paektu, como les presenta la hagiografía oficial. El dirigente de aspecto robusto, característico corte de pelo bien rapado sobre patillas y nuca, caricaturizado en mil dibujos jocosos en Occidente. El improbable líder que se hizo con las riendas del país hace unos pocos años, cuando él no llegaba ni siquiera a la treintena, y que ha sabido hacerse con el control del poder de un modo despiadado como pocos sospecharon.

Estamos aguardando de pie desde hace un buen rato. Llevamos levantados desde las cinco de la mañana. El plan original era salir a las seis del hotel Yanggakdo, todos juntos en los autobuses *beige* que el Ministerio de Exteriores ha preparado estos días para la prensa. Pero a las seis no pasó nada. A las siete, tampoco. Ni a las ocho. «Hay que esperar», se limitan a decirnos nuestros guías, a veces de buen humor, a veces de peor talante. El señor Li, el responsable del Departamento de Información del ministerio —un hombre regordete y entrado en años, de gafas metálicas que le dan un aspecto afable muy alejado de la acritud con la que da órdenes a sus subordinados—, recorre una

y otra vez el larguísimo pasillo entre el *lobby* del hotel y la sala habilitada para la prensa. El hombre atiende a quienes le piden explicaciones, pero sin dar nunca una respuesta muy concreta de a qué, exactamente, estamos esperando. La señorita Min se encoge de hombros ante las mismas preguntas. Es como funcionan las cosas en Corea del Norte, viene a decir sin necesidad de hablar.

Finalmente, se corre la voz: el pronóstico meteorológico es de lluvia, por lo que, hasta que no despeje un poco, no va a haber desfile. No se puede permitir que el agua cause resbalones de los soldados sobre el suelo empedrado o deteriore las armas que se vayan a presentar. No se puede permitir que unas gotas desluzcan un acontecimiento que la propaganda norcoreana describirá como visto por el mundo entero. Que miles de personas en la capital, los invitados al desfile, puedan sentirse molestos o tener problemas por el cambio de última hora ni se plantea. Es impensable que los residentes de Pionyang pudieran tener otros planes; movilizados como nosotros para asistir, ellos también aguardan la orden de estar preparados. Ahora mismo no hay nada en el país que pueda ser más importante que este desfile. Todo debe estar perfecto para el Líder Supremo. Un Líder Supremo que lo controla absolutamente todo en su país. Todo, menos la meteorología.

Acabamos saliendo sobre las nueve para someternos a dos minuciosos controles de seguridad, primero en el Palacio de los Trabajadores, después a la entrada de la plaza. Nuestras cámaras, ordenadores, bolsas y cuerpos son examinados uno a uno pasando por arcos y equipos de imágenes por infrarrojos. Tenemos prohibido llevar móviles, aunque no funcionen en Corea del Norte. Los servicios de seguridad del líder se encuentran entre los más estrictos del mundo: ni hablar sobre la posibilidad de un posicionamiento por GPS que pudiera suponer un riesgo de atentado contra el líder.

Sobre las doce, ya desplegados en la plaza, seguimos esperando su comparecencia mientras nos castañetean los dientes. Detrás de nosotros, la plana mayor del Ejército norcoreano forma un muro de enormes gorras de plato, charreteras y condecoraciones a tutiplén. En unas filas, el Estado Mayor de la Marina; en otras, la Fuerza Aérea de azul; el Ejército de Tierra, de verde. Todos perfectamente imperturbables en sus asientos, mirada al frente y gesto adusto, mientras les tomamos foto tras foto. Si sienten el frío, sus años de adiestramiento no lo dejan notar.

Al otro lado de la tribuna, la espera es mucho menos impasible. El cuerpo diplomático representado en Pionyang y personalidades invitadas —distinguimos a algunos de los turistas que vimos llegar— parlotea mientras aguarda y replica en ocasiones nuestros gestos de frío. Entre los dos bloques, los retratos de gran tamaño de los dos predecesores de Kim Jong-un: su abuelo y fundador del Régimen y la dinastía, Kim Il-sung, y su padre, Kim Jong-il, ambos sonrientes. Las mismas caras que en carteles o en estatuas se multiplican por las calles de Pionyang y están presentes en cada oficina, en cada tienda, en cada casa. No podemos situarnos en la zona que se encuentra justo delante de ellos: nada puede bloquear la vista entre los soldados que vayan a desfilan y sus líderes eternos.

Sobre los retratos, una galería cubierta. Se atisba un micrófono. Es la zona reservada para el comité permanente del Partido, para los representantes de algunos gobiernos extranjeros especialmente estimados —el chino ha enviado a Liu Yunshan, el número cinco del Régimen— y, por supuesto, para el Líder Supremo.

De repente, un silencio sepulcral se extiende durante unos segundos. Del interior del Gran Palacio de Estudios del Pueblo, el edificio que preside la plaza y sobre el que se han instalado las tribunas, llega una salva de gritos de júbilo in-

fantil. «Ya ha llegado», confirma la señorita Min, hoy ataviada de chaqueta y falda, más impoluta que nunca. Como si sus palabras fueran el santo y seña, la orquesta rompe a tocar el equivalente norcoreano al «Hail to the Chief» estadounidense, la música que recibe al líder en cualquier acto oficial al que acuda.

Y ya es imposible oír nada más. Los militares se ponen en pie. El público ruge. Nuestros guías, nuestros colegas periodistas norcoreanos..., todo el mundo está gritando y aplaudiendo como si quisiera romperse las manos. «¡*Manse!* ¡*Manse!*!» («Larga Vida, Larga Vida»). El ruido es ensordecedor. En los ojos de algunos de ellos se forman lágrimas, vueltos con expresión de éxtasis hacia la tribuna donde, ahora sí, se asoma una figura en abrigo y sombrero negro, sonriente, de menor estatura de lo que habíamos imaginado, saludando con la mano al pueblo que le rinde pleitesía. Kim Jong-un está exultante.

Cuando se coloca ante el micrófono para hablar, toda la plaza calla. Su voz suena inesperadamente ronca, de fumador muy empedernido. Pronuncia con seguridad mientras lee las cuartillas que le han preparado. Es un discurso de tono belicoso, en el que el «malo» es Estados Unidos, la amenaza que puede poner en peligro la existencia misma de Corea del Norte. Pero la nación está dispuesta a plantarle cara: solo unos meses antes, en enero, Kim Jong-un ha ordenado una prueba nuclear, la cuarta en la historia del país, y el Régimen asegura que, por primera vez, ha implicado una bomba de hidrógeno, un peligro especialmente letal.

«El armamento revolucionario del Partido significa que estamos preparados para combatir en cualquier tipo de guerra que provoquen los imperialistas estadounidenses», subraya, apoyándose sobre el podio. A pie de calle, comienza el desfile militar. Miles de soldados, muchos en uniforme de época para

evocar los combates de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra de Corea (1950-1953). Tanques. Mochilas con el símbolo nuclear, en representación de la bomba que ya tiene el país y con la que piensa defenderse de posibles ataques de Estados Unidos. Y misiles, muchos misiles.

Los soldados desfilan con la cara girada hacia el líder. El ruido de su pisar con fuerza al unísono, al paso de la oca, hace vibrar el suelo. En plena tensión, uno de ellos resbala, y se vuelve a levantar rápidamente. Nunca sabremos si alguien en la galería ha llegado a darse cuenta. «¡*Manse!* ¡*Manse!* ¡Daremos nuestras vidas por Kim Jong-un!», gritan, con gesto fiero, al aproximarse a la balconada.

Detrás de los soldados siguen esas masas que hemos visto antes, en torno a las carrozas coloridas que destacan los mayores logros del Régimen. Todos los integrantes, como los soldados, alzan la cara vuelta hacia el líder, en expresión extática. Muchos tienen lágrimas de emoción en los ojos; todos se desgañitan a ese grito de «¡Kim Jong-un *manse!* ¡*Manse!*», un sonido que, coreado por tantas gargantas a la vez, tiene algo de eco primigenio.

Para Kim, lo que está recibiendo de su pueblo es un baño de lealtad. Un alarde de hasta qué punto tiene las cosas bajo control. Algo que, cuando heredó el mando a la muerte de su padre Kim Jong-il en diciembre de 2011, muchos analistas pensaban que no iba a tener fácil. Era demasiado joven y no había tenido tiempo de formarse.

Los ha sorprendido a todos. Ha demostrado ser digno hijo de su padre en cuanto a su frialdad para deshacerse de los enemigos. Pero, sobre todo, digno nieto de su abuelo, el fundador del Régimen y a quien Corea del Norte adora como a un dios.

El suyo —su proceso de afianzarse en el poder— no comienza, de hecho, en aquel diciembre de 2011. Hay que retrotraerse a mucho más atrás. Un siglo entero. A 1912.

«UNA CASA COMO LA DE LOS CAMPESINOS MÁS POBRES»

Mangyongdae es el Belén de Corea del Norte. También su Versalles, la zona donde reside la élite de la élite. Situado a pocos kilómetros del centro de Pionyang, se trata de uno de los lugares turísticos por excelencia, donde un día cualquiera es posible ver a parejas de novios y sus invitados festejando su boda, familias pasando el día y grupos organizados que inspeccionan el lugar como quien venera una iglesia, en un silencio de tintes religiosos. Aquí nació, el 15 de abril de 1912, Kim Il-sung, Presidente Eterno, Sol Adorado, Padre de la Patria y creador de la dinastía Paektu.

La zona entera, antaño campos de labor, se ha convertido ahora en un parque al que se accede por una amplia carretera flanqueada por árboles frondosos. Todo está cuidado hasta el extremo. Y vigiladísimo, desde que en 2011 un estudiante que aspiraba a cruzar al sur logró robar una puertecita que estaba convencido de que le serviría de salvoconducto y llave a enormes riquezas tras llegar a su destino. Nunca lo logró: fue detenido y ejecutado.

La guía uniformada que nos espera se expresa en tono reverente y mira con reproche cualquier carcajada, cualquier mínimo atisbo de que vayamos a comportarnos de manera irrespetuosa.

«Esta es la casa donde nació nuestro Líder Eterno», comienza a contarnos, haciendo una pausa para observar nuestra reacción. Que no nos mostremos especialmente impresionados parece no gustarle nada.

La que oficialmente es la vivienda donde nació el Gran Líder está, como poco, profundamente reconstruida. Rodeada de césped immaculado, la granja, pintada de color ocre y con techos de paja, está formada por tres pequeños pabellones dispuestos en rectángulo: el establo, la zona de dormitorios y el

área común de la cocina. En uno de los dormitorios, sobre muebles de la época, cuelgan retratos en blanco y negro de la familia de Kim Il-sung. «Una vivienda típica de campesinos —asegura la guía—. Eran muy pobres.» La joven señala, para demostrarlo, unas grandes jarras torcidas. La prueba definitiva de miseria de solemnidad en esta cultura. «Ni siquiera podían permitirse tener unas jarras normales para fermentar el *kimchi*», se condeule. El *kimchi* es el alimento básico de la cocina coreana: col picante fermentada que, al mantenerse comestible durante mucho tiempo, desde hace siglos ha suministrado vitaminas a los campesinos coreanos a lo largo de los duros e interminables inviernos de la península. Los progenitores del líder «debían conformarse con utilizar unas deformes porque no podían pagar más», sostiene nuestra guía mientras pone cada vez más cara de dolor.

En 1912, el año en el que vino al mundo Kim Il-sung —su nombre verdadero era Kim Song-ju—, Corea era un país paupérrimo. Milenios de dominio de dinastías absolutistas y un sistema feudal se habían visto sustituidos en 1910 por la brutal ocupación colonial japonesa, que no concluiría hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y que generaría un resentimiento aún palpable en las relaciones entre Seúl y Tokio. Y dejaría otras marcas también: fueron los ocupantes nipones quienes decidieron situar en el montañoso norte el incipiente sector industrial y sus infraestructuras y dejaron el sur, más llano y fértil, como la gran reserva agrícola de la península, algo que con la división tras la guerra traería sus propias dificultades a los dos nuevos países que emergieron del conflicto.

La capital de aquella Corea unificada era apenas un poblacho, con calles sin empedrar y llena de niños harapientos, según describían los misioneros occidentales que se empeñaban en convertir almas. Con éxito, por cierto: Corea del Sur es hoy

día uno de los países en Asia con mayor población cristiana y el segundo con población católica, solo por detrás de Filipinas.

El padre del que acabaría siendo Líder Eterno, Kim Hyong-jik, había nacido en 1894, en los últimos estertores de la dinastía Joseon. A los quince años se había casado con Kang Pan-sok, de diecisiete años; algunas biografías no autorizadas sostienen que se conocieron, precisamente, en las actividades organizadas por misioneros estadounidenses. El bisabuelo Kim se había unido al movimiento de independencia contra la colonización japonesa y había sido castigado por ello. Según la versión oficial de la historia en Corea del Norte, su hijo, Kim Il-sung, quedaría profundamente impresionado por sus visitas al padre en la cárcel, del que cada parte visible del cuerpo estaba marcada por heridas y moretones. Según escribiría en sus memorias, viendo el sufrimiento de su padre juró «hacérselas pagar a los diablos japoneses, que no eran seres humanos en absoluto, sino demonios». El patriarca moriría a los treinta y un años, cuando Il-sung apenas comenzaba la adolescencia.

El joven guerrillero empezó a entrar en contacto con los jefes militares soviéticos, combatiendo contra los japoneses primero en Manchuria, donde encabezó milicias de entre cincuenta y trescientos hombres junto a las guerrillas chinas bajo un frío polar en invierno y un calor sofocante en verano, pero en operaciones no especialmente distinguidas. Después, tras huir con sus hombres a la Unión Soviética, combatió en el Ejército Rojo, donde llegó al grado de capitán.

A los treinta y tres años, el caudillo guerrillero de sonrisa amplia y mofletes prominentes, sin una educación especialmente pulida pero con un enorme don de gentes, regresó triunfal a Corea. Era 1945 y el final de la Segunda Guerra Mundial había obligado la retirada de Japón de la península coreana. El norte se vio invadido por las tropas soviéticas, lo que propició que Estados Unidos apoyara en el sur a Syngman

Rhee, un político opuesto al comunismo que abogaba por la división del país y que sería el futuro primer presidente de Corea del Sur. De esta forma, la península coreana fue dividida a lo largo del paralelo 38. La escisión arbitraria separaría carreteras, líneas de ferrocarril, ríos y torrentes, así como familias y mentalidades.

Las conexiones de Kim Il-sung con los jefes militares soviéticos se demostraron especialmente útiles. Aunque no había sido el soldado norcoreano más destacado, los mandos soviéticos apreciaban su capacidad de liderazgo y su carisma. Fueron ellos quienes decidieron ponerle al frente de la parte norte de la península coreana.

Pese a una formación escasa y un coreano no demasiado fluido por el tiempo pasado en el extranjero, le asentaron en el puesto su encanto personal, su talento *trumpiano* para la promoción y propaganda de sus triunfos y su falta de escrúpulos para deshacerse de sus rivales. El presidente del Partido Comunista de Corea, Pak Hon-yong, que había figurado en todas las quinielas para ponerse al frente del nuevo país, acabaría, en cambio, siendo ejecutado como traidor. El 9 de septiembre de 1948, Kim declaraba la fundación de la República Popular Democrática de Corea. Dos años más tarde, comenzaban los combates que sellarían la división de la península y que se convertirían en el conflicto más largo de la era contemporánea: aunque oficialmente su duración fuera de tres años (1950-1953), setenta y un años después las dos Coreas siguen técnicamente en guerra, las operaciones militares detenidas por un mero armisticio y sin que las conversaciones para la firma de un tratado de paz definitivo hayan llegado nunca a dar fruto.

Pese a su mano de hierro, su afición por colocar en puestos clave a familiares y compañeros de armas y su debilidad por los halagos, la era de Kim Il-sung es, para los norcoreanos,

algo similar a la Arcadia dorada de los griegos. Una etapa idílica bajo un padre benevolente que amaba a su pueblo, según la hagiografía oficial. Una etapa feudalista y paternalista, según versiones menos caritativas. Como lo ha descrito su biógrafo Bradley Martin: «Para Corea del Norte, Kim Il-sung era más que un líder [que] cubrió a su pueblo de amor paternal».

Después de la Guerra de Corea (1950-1953), el país había quedado reducido a ruinas. Estados Unidos había lanzado cerca de 635.000 toneladas de bombas sobre Corea del Norte, más que en todo el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se lanzaron 503.000 toneladas. No quedaba nada en pie: hospitales, carreteras, granjas, bloques de viviendas... Todo había sido sistemáticamente destruido, en un drama cuyo trauma colectivo aún sacude a los descendientes de aquella generación. En toda la península, un 10 % de los ciudadanos —alrededor de tres millones de coreanos— habían muerto o estaban heridos o desaparecidos.

Fue un momento especialmente vulnerable para Kim Il-sung: la muerte de Iósif Stalin, su protector, y la denuncia de Nikita Khrushchev sobre los abusos de aquellas décadas de terror facilitaron el único desafío significativo al poder del *Sur-yong* («Líder Supremo»): en 1956, varios líderes del Partido de los Trabajadores se agruparon para denunciar el acopio de poder en manos del Padre de la Patria. El líder respondió con una nueva ronda de purgas que hicieron el Régimen aún más autocrático. Bajo la recién fundada ideología *juche* («independencia», «autonomía» o «autoconfianza»), la población trabajaba para reconstruir la infraestructura y las fábricas que sacaran adelante el país. El Homecoming Project,¹ un programa de repatriación, echaba mano de los numerosos coreanos que habían emigrado durante la guerra a Japón para persuadirlos de que se instalaran en el Norte, un paraíso para los trabajado-

res según la propaganda de entonces. Había suficiente para cubrir las necesidades de todos y cada uno de los coreanos; además, todos podrían recibir una educación.

Durante los años sesenta y setenta, el modelo funcionó. Hasta 1973, la economía norcoreana estuvo por delante de la de su gran rival en el sur. Al tejido industrial dejado por los japoneses y reconstruido se sumaba, para beneficio del nuevo régimen, la disputa entre los dos gigantes comunistas, China y la Unión Soviética. El *Suryong* supo siempre jugar con habilidad y explotar las diferencias entre unos y otros para conseguir generosas partidas de ayuda que paliaran la escasa producción agrícola del país: pese a los esfuerzos por arrancar cosechas, las heladas montañas norcoreanas se demostraban demasiado frías para cultivar gran cosa. Únicamente se podía contar con las llanuras en torno a Pionyang y cerca de la frontera, en Kaesong, para suministrar verduras y fruta a los ciudadanos.

El espíritu del primer Kim lo permeaba todo. Había un retrato suyo en cada casa, en cada tienda, oficina, monumento, museo. El que hubiera alimentos se atribuía a su genio agrícola, no a la ayuda que recibía de los países aliados. Era el *Suryong* el corazón y único centro del país. La fecha de su cumpleaños pasó a celebrarse como se conmemora la Navidad en otros lugares, con la diferencia de que los regalos llegaban del Estado.

EL QUERIDO LÍDER

En aquellos años de bonanza, terminaba de formarse en la universidad más prestigiosa del país, la que lleva el nombre del fundador del Régimen, el primogénito del *Suryong*, Kim Jong-il. El hombre que convertiría el sistema norcoreano en un régimen dinástico.

Si Kim Il-sung había sido «el Sol» —o una especie de Papá Noel para sus súbditos—, Jong-il encarnaba al Hijo en la Santísima Trinidad. Sus biografías oficiales, de hecho, están narradas con tintes bíblicos, salpicadas de hechos sobrenaturales. Toda su infancia está rodeada de prodigios, muchos de ellos tan manifiestamente increíbles y exagerados que entran en el terreno del absurdo. El fin de esta propaganda era «establecerle como un conductor clave del destino del país y el único vehículo adecuado para continuar el legado de su padre», escribe Jung H. Pak, exanalista de la CIA, en su libro *Becoming Kim Jong-un*.

De acuerdo con estas biografías oficiales, de narración cuasi religiosa, Kim Jong-il nació el 16 de febrero de 1942 en el sagrado monte Paektu. El nacimiento del futuro «Querido Líder» estuvo anunciado por una golondrina; en el momento de su llegada al mundo, un doble arcoíris apareció en el cielo. Su naturaleza prodigiosa hizo que con solo tres semanas de edad ya caminara y que a las ocho fuese capaz de hablar. Durante la Guerra de Corea, con apenas ocho o nueve años, su genio precoz ya era capaz de dar sabios consejos a los generales más curtidos en combate. Llegada la adolescencia, según continúan las sagradas escrituras del Régimen norcoreano, había escrito centenares de libros, todos salidos exclusivamente de su brillante acumen.

La realidad es mucho menos fabulosa. Kim Jong-il, apodado Yura por las tropas rusas, nació en Rusia, en algún campamento militar de Siberia, mientras su padre estaba destinado en la Brigada 88. Su madre, Kim Jong-suk, que se había casado con Il-sung en 1940, era otra guerrillera que se había unido a las milicias en los años treinta.

La infancia del Querido Líder no fue muy feliz. En 1947 perdió a su hermano menor, Man-il —apodado Shura—, a los tres años. Dos más tarde moría su madre por complicaciones en el parto, con apenas treinta y un años. En 1951, él y su her-

mana pequeña, Kyong-hui, tenían que escapar de los bombardeos estadounidenses de Pionyang y buscar refugio en un lugar familiar para su padre, Manchuria. En medio del dolor por la pérdida de su madre y el exilio, vieron cómo su padre se casaba rápidamente por segunda vez con una mujer diez años más joven que él, Kim Song-ae, con la que ya mantenía una relación amorosa en vida de su primera esposa. La pareja tuvo dos hijos, dos rivales más en la lucha de los hermanos por el afecto y la atención de su padre, continuamente ocupado y continuamente distante. Uno de ellos, Pyong-il, tenía además la ventaja de parecerse extraordinariamente a su progenitor. La relación del joven Jong-il con su madrastra siempre sería pésima: Song-ae maltrataba a los hijos del primer matrimonio tanto como favorecía a los propios. Pero el rencor de Jong-il acabaría teniendo consecuencias.

Si durante su infancia Kim Jong-il se vio privado de apoyo emocional, nunca le faltaron ventajas materiales, disfrutando de una vida de lujo en los barrios residenciales reservados para lo más alto de la jerarquía en Pionyang y en las mansiones de reposo que el Régimen reservaba para su gran líder en los lugares de mayor belleza del país. Criado con la deferencia y la falta de límites reservados al hijo del autócrata, se acostumbró a que nadie pudiera negarle nada.

A diferencia de su padre, no era un tipo carismático. Tampoco gozaba del atractivo de su progenitor: donde este era alto, robusto y de sonrisa arrolladora, Jong-il era menudo, notablemente más bajo que su padre, con un pelo rizado aparentemente indomable y necesitaba usar gafas.

Su aislamiento en la residencia presidencial y la falta de cariño de su madrastra le hicieron desarrollar un fino instinto para ganarse la atención de su padre. Pronto se dio cuenta de la debilidad del *Suryong* por todo tipo de lisonjas y se convirtió en la persona que mejor supo explotar ese filón.

Tras su graduación en 1964, ocupó la División de Guía Central del Departamento de Organización y Guía, el centro de operaciones del Partido de los Trabajadores. En 1966, se cambia a Agitación y Propaganda, departamento del que se convierte en director apenas dos años más tarde. Desde allí descubriría su amor por el cine: según todas las versiones, tenía verdadero talento para el séptimo arte, estaba al tanto de todas las novedades que creaba Hollywood y nunca se le veía más feliz que cuando se ocupaba del montaje de una película. Pero también utilizaría su cargo para llevar al paroxismo el culto a la personalidad de su padre, produciendo todo tipo de trabajos para glorificar a Kim Il-sung y situarle por encima del Partido, por encima del propio socialismo. Ni su tío Kim Jong-ju, hermano menor del líder y considerado inicialmente el heredero más probable, ni su hermanastro Pyong-il pudieron hacerle sombra a la hora de halagar al *Suryong*.

Para 1973 estaba claro que él sería el heredero del Régimen. Poco a poco, había logrado involucrarse en los asuntos de su padre. Como comandante del movimiento de las Tres Revoluciones —similar al de los Guardias Rojos que protagonizaron la Revolución Cultural en China (1966-1976), pero siempre bajo el absoluto control del Gobierno central—, había desarrollado una red de espionaje que le permitía estar al tanto de todo; de este modo, podía conocer y anticiparse a los deseos y propuestas de su padre y, como por arte de magia, proponerle soluciones a los problemas. Un cable desclasificado de la CIA de aquellos años afirmaba que «quizá el arma política más potente» del heredero *in pectore* era «su papel evidente como intérprete jefe, protector y propagandista» de su progenitor. Ya consolidado como miembro del politburó del Partido, consiguió un doble éxito frente a sus principales rivales en el favor de Kim Il-sung: aparte de sustituir a su tío Jong-ju al frente del Departamento de Organización y Guía, logra

que su hermanastro Pyong-il fuera semiexiliado, siendo enviado como diplomático a países del este de Europa, donde permanecería durante décadas y hasta hace muy poco.

Hacia 1976, aunque nominalmente el líder absoluto seguía siendo Kim Il-sung, ya era su hijo, al frente del Departamento de Organización y Guía, quien dirigía el país. Como su padre, se garantizó la lealtad de quienes le rodeaban colmándolos de agasajos y colocando a sus familiares más cercanos y a los hijos de los antiguos compañeros de armas de su padre en puestos clave. Continuó viviendo rodeado de los mayores lujos. Tuvo cuatro esposas, aunque solo dos reconocidas oficialmente. Además de la primera, Hong Il-chon, de la que se sabe muy poco, y Kim Young-sook, su esposa oficial, su gran amor fue durante años la actriz Song Hye-rim. El aficionado al cine se había interesado por su trabajo y acabó volviéndose loco por ella.

Fruto de aquella unión nació el primer hijo de Jong-il, Kim Jong-nam. Después llegaría, para relevar a Song en el corazón del líder, Ko Yong-hui. Una bailarina nacida en Japón —algo que hubiera sido una mancha en el currículum de cualquier otro norcoreano—, hija de una de las familias que emigraron al archipiélago nipón durante los años de la colonia y que regresaron atraídas por las ventajas que Pionyang prometía a los retornados durante los años de la posguerra.

Los años de Jong-il como príncipe regente coinciden con algunos de los excesos más notorios del Régimen, aquellos que han labrado su reputación como un sistema no solo aislado, sino ajeno a las normas internacionales hasta rondar la extravagancia.

De esa época data la infame Oficina 39, creada para facilitar una vida lo más lujosa posible y con todos los placeres confesables e inconfesables a familiares y aliados en la jerarquía. Se crea el mítico «escuadrón del placer», un grupo de mujeres seleccionadas especialmente para disfrute de los altos mandos.

Al mismo tiempo, los servicios secretos norcoreanos actúan por el mundo obviando cualquier tipo de norma internacional. Perpetran una serie de ataques contra Corea del Sur y Estados Unidos en diversos puntos del mundo; lanzan una emboscada contra una delegación surcoreana en Birmania; organizan un atentado que causa la muerte de la esposa del dictador Pak en Seúl; secuestran un avión de Corea del Sur. Además, incursionan en dicha nación, en Japón y en otros países y secuestran no solo a quienes consideran enemigos de la patria —a los que en la inmensa mayoría de los casos no se vuelve a ver nunca más—, sino también a quienes puedan formar a su ingente escuela de espías sobre los modos de comportamiento en Occidente o en Japón. O a quienes Jong-il, siempre cinéfilo, más admira.

No todos los secuestrados fueron enemigos o personalidades notables. Los servicios secretos norcoreanos también se llevaron en sus incursiones a ciudadanos comunes seleccionados simplemente porque pasaban en ese momento por allí, capturados y trasladados a la fuerza a Corea del Norte para adiestrar a los funcionarios y espías del Régimen en las costumbres y lengua de sus lugares natales.

A la vez que se producen estos excesos, se acelera la propaganda. De aquellos tiempos datan muchas de las esculturas, carteles y monumentos en honor a su padre que salpican Pionyang. En 1982, para el setenta cumpleaños de Kim Il-sung, se inaugura la torre Juche, frente a la plaza principal de la capital. Construida con 25.550 bloques de granito, uno por cada día de vida del *Suryong* hasta la fecha, el monumento, en forma de llama ascendente a los cielos, rinde homenaje a la filosofía creada por el Líder Eterno. Ese mismo año se inaugura el Arco del Triunfo, más alto que el de París, que conmemora el retorno del fundador del Régimen a Pionyang y que está construido en el punto en el que las tropas soviéticas presentaron al nuevo líder ante las masas.

A la muerte de Kim Il-sung en 1994 —de un infarto—, el joven Kim ya se halla completamente al mando. Pero desde hace tiempo, y aunque es en esta década cuando Corea del Norte empieza a emplearse a fondo para el desarrollo de su programa de armamento nuclear —enfrentándose por ello a Estados Unidos—, la economía ya no era lo que había sido. El mundo también había cambiado.

La caída del Muro de Berlín había precipitado el desmoronamiento de la Unión Soviética y los líderes de la nueva Rusia se esforzaban más en tender puentes hacia Occidente que en enviar ayuda a un pequeño aliado. China, el socio con el que la relación, según había dicho Mao, era «tan cercana como los labios a los dientes», también tenía sus propios problemas después de la masacre de Tiananmén y miraba más hacia los países desarrollados en busca de asistencia para sus proyectos de reforma económica. La ayuda soviética primero se recortó; después acabó desapareciendo por completo. El hecho de que el grueso del presupuesto se destinara a las fuerzas armadas y al desarrollo del armamento nuclear, sumado a una falta de planificación económica, completaron la tríada de factores que generaron el mayor desastre en la historia reciente de Corea del Norte.

Entre 1987 y 1992 fueron disminuyendo las cantidades disponibles de alimentos, las cuales entraron en déficit en 1993. Los dos años siguientes trajeron consigo unas desastrosas inundaciones que redujeron aún más las reservas disponibles: una tonelada y media de grano quedó inutilizada. Entre 1994 y 1997, la ración básica de alimentos se redujo de cuatrocientos cincuenta gramos a ciento veintiocho. Por primera vez, Corea del Norte no podía dar de comer a toda su población. El país entraba así en la conocida como «Ardua Marcha», un nombre con el que el Régimen quiso dar tintes heroicos a la hambruna que mató a millones de personas e hizo

que muchas otras desarrollaran para el resto de su vida problemas de raquitismo y demás enfermedades asociadas con una alimentación insuficiente. Aun hoy, desertores afincados en Corea del Sur recuerdan escenas terroríficas en busca de algo con lo que alimentarse; un 40 % de la población norcoreana, según datos de la ONU, padece «inseguridad alimentaria»; y muchos niños sufren desnutrición y retraso en el crecimiento.

Es algo que, probablemente, le quedaba entonces muy lejos —quizá ni tuviera noticia— a un niño norcoreano estudiante en Suiza que durante sus años escolares demostró una pasión muy superior por el baloncesto que por los estudios. Presentado como hijo de diplomáticos, el joven Kim Jong-un —o Pal-chol y, más tarde, Pak-un, como les habían dicho a sus compañeros de clase que se llamaba— vivía muy alejado de la realidad de su país.

KIM 3.º: EL LÍDER DEL FUTURO

En Pionyang, en el Museo de la Guerra de Liberación de la Patria Victoriosa —donde se describen con todo lujo de detalles (y con dioramas que no dejan nada a la imaginación) las supuestas atrocidades perpetradas por las tropas estadounidenses en la Guerra de Corea—, dos estatuas gigantescas y sonrientes reciben a los visitantes en el vestíbulo, sobre un fondo azul. Una, está claro, es Kim Jong-il. La otra... ¿es Kim Jong-un?

No. La estatua representa a Kim Il-sung, el fundador de la dinastía. Aunque Kim Jong-un rehúye abiertamente los monumentos dedicados a su persona, el parecido entre abuelo y nieto es más que notable y el Régimen no escatima esfuerzos en acentuarlo. El mismo corte de pelo, la misma sonrisa abierta y mofletuda, los mismos gestos de las manos e incluso la

misma manera de moverse. El parecido no solo aparece reflejado en esta estatua. Kim Jong-un parece explotarlo de manera consciente en cada una de sus apariciones públicas. La manera de dirigirse a sus subordinados, con una mezcla de campechanería y autoridad, es la misma que la de su abuelo. Su modo de caminar, sus trajes oscuros al estilo Sun Yat-sen... Todo evoca al Eterno Líder.

El mensaje es claro: la línea de la sangre sagrada, el linaje Paektu, continúa ininterrumpido, y el espíritu de Kim Il-sung —y toda la bonanza de aquella época, la Arcadia dorada de los norcoreanos— se ha reencarnado en el joven Kim Jong-un, el estandarte de las ideas y la energía de su abuelo. Con él al frente, el país volverá a ser —aunque, por supuesto, «nunca dejó de serlo», según la propaganda oficial— ese paraíso para los trabajadores donde nadie tiene nada que envidiar al resto del mundo.

Esta es una manera de legitimar al tercer emperador de la dinastía. Un joven que, a diferencia de sus mayores, no ha conocido la guerra ni cuenta con experiencia militar de ningún tipo y que llegó al poder casi como un completo desconocido, sin experiencia administrativa ni ningún logro a sus espaldas ni tiempo para forjar una mitología a su alrededor.

En un país obsesionado por la casta —bajo un sistema denominado «songbun», en el que la lealtad a la familia Kim y el historial familiar marca desde el nacimiento el lugar, privilegiado o paria, que una persona ocupará en la sociedad—, Kim Jong-un, a diferencia de su padre, nació de una madre con una mancha, un pecado original. Ko Young-hui había nacido en Osaka, en 1953, en una familia que, como muchas otras, había emigrado desde la isla de Jeju (en la actual Corea del Sur) a Japón durante los tiempos de la colonia. La familia regresó a Corea en el Homecoming Project, lanzado por Kim Il-sung para atraer a los norcoreanos criados en Japón, mejor forma-

dos y con dinero. Bailarina de la Mansudae Art Troupe, la moralidad de Young-hui hubiera sido considerada muy dudosa en la conservadora sociedad norcoreana de no haber comenzado su relación con el Querido Líder.

Como ocurre con el resto de la familia Kim, se conocen con total certeza pocos datos sobre su infancia. Su cumpleaños es el 8 de enero y los servicios secretos surcoreanos consideran que nació en 1984, siendo el mediano de los tres hijos que tuvo Kim Jong-il con Young-hui. Como su hermano mayor, Kim Jong-nam —hijo de Jong-il y la actriz Hye-rim—, Jong-un fue enviado a estudiar a Europa, concretamente a Suiza, bajo la guisa de ser un hijo de diplomático. Allí quedó de manifiesto que no era el más dotado para los estudios —ni tampoco un desastre—, y que le interesaba más el deporte, especialmente el baloncesto (que, según cuentan sus compañeros de clase, pensaba que le «ayudaría a ser más alto»). También se rumorea que de aquella época le viene el gusto por el queso suizo y las *delicatessen* europeas. Unos gustos a los que también se han ido sumando el whisky Johnny Walker, los coches Mercedes de alta gama y los cigarrillos de Yves Saint Laurent, según declaraba al periódico surcoreano *Chosun Ilbo* el chef japonés Kenji Fujimoto —el alias con el que se identifica—, antiguo cocinero de la familia Kim y convertido en el mejor amigo del joven Jong-un y de su hermano Jongchul en las temporadas en las que ambos residían en Pionyang.

Fue en Suiza donde quedó también de manifiesto uno de los rasgos que le definirían como líder: su agresividad en el campo de juego y su necesidad de ganar siempre. Fujimoto ha evocado en diversas entrevistas que Jong-un era «exactamente como su padre».

Sin embargo, no se trataba, en principio, del heredero más obvio. Su hermano mayor, Kim Jong-nam, era —aparente-

mente— el primero en la línea de sucesión. Pero cayó en desgracia. Quizá por las maniobras de Young-hui, tan ambiciosa como su hijo y que siempre jugó sus cartas para que los suyos fueran los favoritos del Querido Líder, en detrimento de los de la actriz Hye-rim. Quizá porque pasó mucho más tiempo en Europa durante sus años escolares que sus hermanos pequeños —quienes, en cambio, regresaban asiduamente a Corea del Norte— y su padre pudo llegar a la conclusión de que estaba demasiado occidentalizado, de que sus gustos eran demasiado decadentes como para dirigir un país tan hermético y tan autoritario como Corea del Norte. Quizá por todos estos motivos juntos.

Kim Jong-chul, el otro hermano mayor —y, además, hermano de madre— de Jong-un, era un ávido entusiasta de la guitarra y de la música de Eric Clapton y fue también descartado rápidamente por el Querido Líder, al parecer por ser «demasiado afeminado».

Jong-un, por contra, sí daba la talla en cuanto a carácter. Acostumbrado desde pequeño al privilegio, mandaba con naturalidad. Se había criado entre lujos que la inmensa mayoría de sus conciudadanos no podía ni imaginar por aquel entonces: viajes por Europa, yates, pistas de esquí, boleras. Era ambicioso. Amaba ganar. Tenía, en suma, las características fundamentales para mantener el trono en un sistema dinástico donde cada persona cercana puede esconder un enemigo y en el que la propia existencia del país está permanentemente en juego frente a otros poderosos actores internacionales. Y, según Fujimoto, también reflexionaba sobre algunos temas sociales. El chef ha contado cómo, a los dieciocho años, mientras ambos estaban fumando un cigarrillo en un coche, el futuro líder le comentó: «Aquí estamos: jugando al baloncesto, montando a caballo, conduciendo motos de agua, divirtiéndonos juntos. Pero ¿qué pasa con las vidas de la gente normal?».

Si Jong-il tuvo décadas para asentarse en el poder, Jong-un no tuvo esa suerte. La salud de su padre se deterioró seriamente a partir de 2007, cuando se sometió a una operación de corazón. Al año siguiente, en 2008, Kim Jong-il sufrió un ictus que obligó al Régimen a buscar tan precipitada como sigilosamente ayuda de médicos extranjeros. El dirigente estuvo tres meses fuera de la vista pública hasta que los medios oficiales, ante las conjeturas internas y externas, divulgaron una foto para demostrar que se encontraba bien de salud. Sin embargo, algunas escenas televisadas demostrarían más tarde que el segundo en la dinastía Kim no se había recuperado por completo: caminaba arrastrando un poco el pie derecho.

Los problemas de salud del Querido Líder no hicieron sino imprimir una nueva urgencia en la preparación del jovenísimo Jong-un, entonces con apenas veinticuatro años. En 2009 ya estaba claro que él sería el heredero; los medios estatales comenzaban a referirse a él en los términos más elogiosos. Cuando su padre falleció de un infarto en diciembre de 2011, Kim Jong-un fue nombrado oficialmente «Líder Supremo de la República Popular Democrática de Corea».

El mandato del Querido Líder había estado marcado por la caída de la Unión Soviética y el terror a que una debacle similar pudiera repetirse dentro de su Régimen, arrastrando al abismo a su dinastía. Y, para imponerse, Kim Jong-il siempre prefirió ser temido a ser querido. Como soberano, se mostró distante, alguien por encima y fuera del alcance del resto de sus conciudadanos, quienes jamás escucharon su voz: nunca pronunció un discurso en la plaza de Kim Il-sung; su vida privada era un completo secreto para los norcoreanos; y tampoco compareció jamás en público con ninguna de sus esposas ni de sus descendientes. Todo esto cambió con la llegada al poder de su hijo. El tercer emperador de la dinastía Kim ha demostrado ser un dirigente muy distinto al inmovilista de su padre.

Jong-un ha logrado, siguiendo la estela de su abuelo, legitimarse como el «líder del futuro».

«¡*Manse, Manse!*»

Desde las cuatro de la mañana del 13 de abril de 2017, Pionyang bulle. Más de 10.000 personas se acercan a la entrada de la nueva avenida Ryomyong (nombre que significa «Aurora»), ataviadas con sus mejores galas: funcionarios vestidos de forma idéntica, con chaqueta Mao de color oscuro y corbata; militares con charreteras y enormes gorras de plato; mujeres de todas las edades con prendas coloridas; universitarios con camisa blanca, corbata y pantalón oscuro. Todos con pompones y globos de colores.

La nueva avenida es motivo de orgullo nacional: el Gran Mariscal ha dado orden de que se construyera no ya a la velocidad de Chollima, sino de Mallima, un recién creado nuevo caballo mitológico capaz de volar diez veces más rápido que el primero. Así, Corea del Norte demuestra al mundo que las sanciones internacionales y estadounidenses no están haciendo mella ni en el espíritu ni en la economía del país, y que ambos están más fuertes que nunca. Como siempre, los deseos del líder se convierten en órdenes para los ciudadanos. Para completar la tarea ha sido necesaria una movilización especial de las fuerzas armadas, logrando así, en menos de un año, levantar de la nada un barrio entero —al estilo de la avenida Mirae— para científicos y académicos, privilegiados entre los privilegiados. La flamante zona está compuesta por cerca de 4.000 viviendas, comercios y lugares de ocio agrupados en edificios de diseño futurista y con los colores pasteles típicos de Pionyang: verde, rojo y azul. La construcción más alta, la torre que suscita más admiración, bate un récord en la ciudad debi-

do a sus más de setenta pisos. «Cuando el líder ordena algo, Corea lo consigue», nos resume Ri Hye Yoon, una ciudadana de treinta y dos años —trabajadora de una fábrica de alimentos— presente en las celebraciones.

Pero Pionyang no se ha dado tal madrugón solo para ver las obras terminadas. A la excitación que flota en el ambiente se suma la fortísima seguridad para anticipar algo que es un secreto a voces: que, tras haberlo convertido en un proyecto personal, el propio Gran Mariscal será el encargado de inaugurar el complejo.

Efectivamente. Hacia las nueve de la mañana, un clamor ensordecedor confirma la llegada del líder: «¡*Manse!* ¡*Mansee!*!». De nuevo, se suceden escenas similares a las que vimos dos años antes en nuestro primer desfile norcoreano. Miles de personas se desgañitan al unísono, tratando de asegurarse de que su grito se oiga más que el del vecino. Miradas de fervor. Lágrimas en los ojos.

Esta vez, Kim no habla: no suele hacerlo en los actos al aire libre ni en algunos de los desfiles. Tampoco le hace falta. Saludar y sonreír es suficiente. El discurso lo pronuncia el primer ministro, Pak Pong-ju, quien destaca que el proyecto «incorpora lo último en ciencia y tecnología arquitectónicas, incluyendo tecnologías solares y geotermales». El mayor aplauso —el delirio— se lo lleva, por supuesto, el Líder Supremo al cortar sobre un estrado repleto de banderas norcoreanas el lazo que ha mantenido cerrada la avenida hasta ahora.

Horas más tarde, el mismo público que ha asistido a la ceremonia aún pasea por el recinto, examinando los comercios con todo tipo de productos —bebidas de frutas a unos 2.500 wones (2,5 euros), medicamentos, pantallas planas de televisión—, los parques con columpios, los restaurantes familiares o el cine donde se exhibe el clásico bélico norcoreano *Misión suicida*. Aunque, por supuesto, lo más curioseado son

los apartamentos de la gran torre, con magníficas vistas sobre Pionyang y las montañas cercanas.

Pese a un penetrante olor a cola industrial y a unos acabados más bien sin terminar —y a una puerta, en el cuarto de baño del dormitorio principal, que se topa con el váter, por lo que no puede abrirse más que los centímetros justos para entrar de canto—, la amplitud de las viviendas despierta suspiros de admiración entre los visitantes. Hasta cuatro dormitorios, dos cuartos de baño, cocina moderna, salón con suelo de linóleo y terraza cubierta por la que entra la luz a raudales. «¡Qué vistas! ¡Qué espacioso!», comenta una mujer madura, rodeada de un grupo de mujeres más jóvenes, mientras recorre habitación tras habitación. «¡Cómo se nota el amor de nuestro líder por su pueblo!», exclama.

Son este tipo de opiniones las que demuestran que, a día de hoy, Kim Jong-un está más que asentado en su cargo, donde, teniendo en cuenta su juventud, aún puede permanecer durante décadas. ¿La gran incógnita? Su salud.

Su tabaquismo, de hecho, estuvo a punto de causar lo que pudo haber sido un grave incidente diplomático en 2018, en la visita a Pionyang de una delegación para preparar la primera cumbre entre Jong-un y el entonces presidente surcoreano Moon Jae-in. Durante una cena oficial a la que asistía el Líder Supremo con su esposa, el representante de Corea del Sur le vio sacar un cigarrillo. Dejándose llevar, le comentó en tono desenfadado: «¡Oh, debería dejar de fumar! ¡No es bueno para su salud!». En ese momento, lo que había sido una conversación muy animada se cortó en seco. El silencio, según contaron después los presentes, podía cortarse con un cuchillo. Nadie —absolutamente nadie— se dirige con ese desenfado al Líder Supremo. Y menos un surcoreano. Las tentativas de aproximación entre las dos Coreas podrían haber terminado en ese preciso instante. El jefe de la delegación tragó saliva. La metedura

de pata podía tener consecuencias gravísimas. Y, entonces, Ri Sol-ju —la esposa del Gran Líder— rompió el hielo. Su cara se distendió en una amplia sonrisa y empezó a aplaudir calurosamente: «¡Yo siempre se lo digo, que tiene que dejar de fumar!»». Todos se rieron; el ambiente se volvió, de nuevo, distendido. El riesgo de una ruptura en las negociaciones se había disipado.

Sin embargo, dejando aparte lo cómico de la anécdota, la cuestión del sobrepeso es un tema que claramente preocupa a las élites norcoreanas. Se teme que pueda acarrear graves problemas a un líder cuya sucesión aún no está clara: sus hijos son demasiado pequeños y —ya descartado su hermano Jong-chol como posible heredero— solo su «hermanísima» Kim Yo-jong combina el linaje y el carácter necesarios como para ponerse al frente. Y esto da lugar a otro problema: la muy conservadora nación no parece *a priori* el país más dispuesto a aceptar a una mujer como líder. Aunque, tratándose de Corea del Norte, nunca se debe descartar nada.

Parece que, de momento, la preocupación ha calado: Kim sorprendió al mundo en 2021 con una importante pérdida de peso, perceptible a simple vista. Alrededor de sus treinta y siete años, sus mejillas son ahora menos redondeadas y la correa de su reloj está más ajustada. Si se cuida, habrá todavía mucho Kim Jong-un por delante. Y Corea del Norte seguirá siendo, por ende, una pieza clave en el tablero geopolítico de Asia. Un volcán dispuesto a erupcionar cada cierto tiempo; dispuesto, sin duda, a poner el mundo del revés.